

Capítulo XXXVI.

Dos íntimos amigos

Conocía el ilustre caudillo de los españoles que para asegurar su poderío y realizar sus sueños, cada vez más ambiciosos, necesitaba el favor del emperador.

Se hallaba pensando sobre los medios de que podría valerse para conseguirlo, cuando le sorprendió alegremente la noticia de un buque que venía de España.

No tardó en presentarse á él su buen amigo Francisco de Montejo, que era el que venía á bordo, y tendiéndole los brazos y estrechándole con la mayor efusión exclamó:

—Gracias á Dios que volvemos á reunirnos. No podeis figuraos lo que ambicionaba este instante.

—Tambien yo lo anhelaba con toda mi alma.

—Mi satisfacion es hoy tanto mayor, cuanto que ya poco podeis temer de vuestros enemigos.

—A la verdad que habeis conseguido un verdadero triunfo, porque Fonseca es muy astuto, lo que unido á la gran preponderancia que ejercia en los negocios de Indias, hacian considerarle como una potencia.

Pues yo á mi vez os estoy agradecido, porque trabajando á favor de vuestra causa, he podido labrar mi felicidad.

—¿Qué quereis decir?

—Habeis de saber, mi buen amigo, que para mejor conocer las intrigas del obispo y sus secuaces, concebí el proyecto de hacer el amor á Petronila, sobrina de Fonseca.

Pero al poco tiempo se incendió en mi pecho una pasion que estaba muy lejos de abrigar.

La jóven, que ya sentia hácia mí una gran simpatía, acogió benévolamente la declaracion que le hice, y ha sido un poderoso auxiliar para desbaratar los planes de vuestros enemigos.

Su perfidia llegaba hasta el punto de interceptar todas las comunicaciones que remitiais á la córte, y fingiendo que eran de Velazquez, atribuian á este los gloriosos descubrimientos que haciais, al paso que os desprestigiaban á vos.

—¿Pero es posible que quepa tanta maldad en pechos españoles?

—Ya sabeis que Fonseca deseaba á toda costa

encumbrar á Velazquez; pero lo que ignorais es que pensaba casarle con su sobrina Petronila. El padre de la muchacha accedia gustoso, y la boda iba á celebrarse, cuando por mediacion de vuestro padre y mia hemos logrado desenmascarar á vuestros detractores. Estoy seguro de que á estas fechas habreis recibido despachos de España premiando vuestros servicios y relevando del mando que aquí tenia á Diego de Velazquez.

—Así es, y por cierto que el protegido de Fonseca no ha podido resistir la humillacion de verse despojado de sus honores, y ha muerto en medio de la mayor desesperacion.

—Yo, aunque ignoraba esta última circunstancia, pero que sabia que Velazquez habia perdido la gracia del monarca, pedí la mano de Petronila á su padre; me la concedió, y hoy, ya esposa mia, ha venido á soportar en mi compañía los azares de las expediciones que pienso emprender en breve.

Pero dispensadme, que hablándoos de mí me he olvidado de una cosa muy importantísima para vos. Antes de darme á la vela escribí á vuestros padres despidiéndome por si querian darme algun encargo.

—Y mis padres, ¿os han contestado? ¿Están buenos?

—Leed esta carta que me rogaba don Martin que os entregase.

Cortés la abrió con avidez, y á medida que avanzaba en su lectura se pintaba en su rostro una indecible satisfaccion, y de cuando en cuando lágrimas

de ternura surcaban su de ordinario sereno rostro.

—¡Ah!—exclamó de pronto.—Vos, que sois mi amigo más leal, un amigo á quien debo principalmente que en la corte se haya hecho justicia á mis servicios, quiero que participeis de la alegría que siento, y os voy á leer la carta de mi buen padre.

—Empezad con la seguridad de que me proporcionais una verdadera satisfaccion.

Cortés leyó en voz alta la carta, que decia así:

«Recibe, hijo mio, mi bendicion y la de tu madre por el cariño que nos has demostrado enviándonos recursos para pasar nuestra vejez.

»No sabes cuánto te lo agradecemos, porque la miseria nos amenazaba ya con sus afiladas garras.

»Con el oro que recibimos hemos podido hacer frente á los rigores de una epidemia que nos ha tenido postrados en cama más de tres meses.

»El dia que se recibió tu donativo, nuestro leal criado Anselmo, se entregó de tal modo á la alegría, que temimos por su vida. Ya conoces que su debilidad es la aficion á la bebida, y abusó tanto, que se temió una congestion cerebral.

»Conocemos tu buen corazon, y no tenemos para qué decirte que no nos olvides, porque apenas contamos con medios de subsistencia para un mes.

»La fama de tus conquistas está causando la admiracion de todos.

»Los que antes me despreciaban por que conocian mi pobreza, me adulan y me acatan por ser padre de un héroe.

»¡Oh! Créelo, hijo mio; aunque la nieve blanquea mi cabeza, aunque los años han debilitado mis fuerzas, y los achaques me tienen postrado frecuentemente en el lecho del dolor, me siento con ánimos suficientes para emprender el viaje, y estrecharte en mis brazos. Yo pido al cielo que me conceda la dicha de no morir sin verte. Si ya no me he puesto en camino, es por no abandonar a tu madre, que está más postrada que yo.

»Adios, hijo mio; recibe la bendicion de dos ancianos que se enorgullecen de haberte dado el sér y hacen votos solemnes para que el Señor te conceda toda la felicidad que merecen tus generosos sentimientos.

»Tu padre que te quiere y desea verte,—MARTIN.

»*Post scriptum.*

»El bueno de Anselmo hace tuyas estas líneas, y dice que con tal de verte, hasta se olvidaria de su afición al zumo de cepas.

»Adios otra vez.»

—¡Oh! Padre mio,—exclamó con efusion Hernan Cortés al terminar la lectura de la carta,—Yo te demostraré que no apelas á un ingrato: yo haré que los últimos dias de tu vida los pases con las comodidades de un príncipe; yo te ofrezco solemnemente ir á estrechar tu temblorosa mano tan pronto como pueda abandonar estas lejanas tierras.

Un momento despues le refirió Montejo los planes que abrigaba y la autorizacion que le habia concedido el monarca.

El ilustre caudillo, que deseaba conocer á fondo la situacion del emperador para calcular el éxito que podian tener las negociaciones que iba á emprender con el objeto de asegurar su proteccion, preguntó á su amigo.

—Decidme cómo se hallan los asuntos de Estado. Aquí desconocemos completamente las alternativas de la política, y me es de suma utilidad conocerlas para arreglar mi conducta.

—Nuestro emperador Cárlos V, desembarazado de las turbulencias interiores, y libre ya de la guerra de Navarra, se empeñó en la del Milanés. Acababa el duque Esforcia de ocuparle, arrojando de él á los franceses despues de la derrota que estos habian padecido en la Bicoca.

Pero no pudiendo mantener su conquista sin ser poderosamente socorrido, acudió al emperador, que le envió muy buenas tropas.

Francisco I, rey de Francia, pasó los Alpes al frente de su ejército, y habiéndose apoderado de la mayor parte de las plazas de aquel ducado, formaba el sitio de Pavía cuando se dejó ver el ejército imperial.

—¿Y la batalla tuvo lugar?—preguntó Cortés.

—Y con la mayor gloria para las armas. El rey Francisco I fué conducido á Madrid en calidad de prisionero, y ha rescarado su libertad con la renuncia que ha hecho de los Países Bajos, Génova, Ast y el Milanés, á la corona de España.

Estas eran las noticias que corrian en la córte al darme yo á la vela.

—Y vamos á ver, Montejo; ¿qué me aconsejais vos que debo hacer para asegurarme la proteccion del monarca?

—Yo, en vuestro lugar, iria á la córte, y allí me enlazaria con alguna de las damas que más influencia tienen. No dudeis que las familias más principales os acogerian con orgullo en su seno, y por lo tanto podríais fácilmente obtener lo que deseais.

—A ese precio jamás mejoraré mi situacion,—dijo Cortés.

—¿Por qué?

—Porque las mujeres no me inspiran lo suficiente para ligar mi suerte á ellas. Yo, hasta ahora, no me ruborizo en decirle que no he sentido en mi corazon más que una llama fugaz, que se ha extinguido con la rapidez del relámpago.

Hay cerca de aquí dos mujeres con títulos más que suficientes para obtener mi cariño.

En fin, mi buen amigo, no quiero ocultaros nada. Marina, que tan buenos servicios me prestó en calidad de intérprete, que en diferentes ocasiones me demostró un cariño inmenso, exponiendo su vida por salvar la mia, despertó en mi pecho el amor, y en un momento de obcecacion, de arrebato, apuré con ella la copa del placer.

Cuando quise arrepentirme de mi conducta, ya era tarde. Me ligaba á Marina un nuevo lazo.

Más tarde, separado de ella, porque habeis de saber que la he concedido el gobierno de una provincia, á la que ha ido con su hijo, vi á una hermosa india,

que tambien me hizo sentir momentáneamente la fascinacion de sus miradas de fuego.

Ya podeis comprender que habiendo salido victorioso en todas las lides que he sostenido con el amor, es difícil que mujer alguna llegue á fijarme. Pero estoy abusando de vos, porque necesitareis descansar.

Retiraos, pues, y decid en mi nombre á vuestra esposa que mañana mismo me presentaré á ofrecerle mis respetos.

Montejo se retiró y Hernan Cortés quedó de nuevo entregado á sus ambiciosos proyectos.

No haria una hora quo se habia despedido su leal amigo, cuando llegó á su estancia Pedro de Alvarado.

Capítulo XXXVII.

Una misión y un banquete.

—Vengo á pedir os una gracia,—dijo el valeroso capitán al caudillo de los españoles.

—La teneis concedida de antemano.

—Ya os he contado mi historia, y sabeis el vehemente amor, el acendrado cariño que me inspira Carlota Patiño, la prima de la mujer de Garay, y desearia ir á España para unirme con ella.

Hoy puedo ofrecerla un nombre glorioso; poseo algunas riquezas, algunos amigos de mi familia gozan de influencia en la corte, y me será fácil lograr un empleo proporcionado á los servicios que he prestado al monarca.

—Mucho siento en verdad privarme de vuestro poderoso concurso, además de lo sensible que me es

separarme de tan buen amigo; pero no seré yo quien os disuada de vuestro propósito.

¡Feliz vos, que sentis en vuestra alma ese sentimiento dulcísimo que hace olvidarse de cuanto existe en el mundo!

—¿Y por qué vos no dais cabida en vuestro pecho al amor?

—Porque es de todo punto imposible. Ya sabeis la dolorosa impresion que me produjo la muerte de mi esposa Catalina, á pesar de que no la amaba. Hoy, sin embargo del tiempo transcurrido, no puedo desechar su recuerdo.

—¿Y decís que no la amábais? ¡Ah! Os engañais, mi querido amigo. No sólo la habeis amado, sino que la amais todavía. A eso se debe principalmente que no os inspire nada mujer alguna.

—La verdad es, que no tener un sér querido con quien compartir las penas y las alegrías, es el mayor desconsuelo del mundo.

En muchas ocasiones reflexiono lo estéril de las luchas que vengo sosteniendo, porque á mi muerte nadie podrá utilizarse de los sacrificios que vengo arrojando. Pero, en fin, ya que vos no os hallais en mi caso, voy á disponerlo todo para vuestra partida.

Toda vez que os dirigís á la corte, llevareis algunos regalos al monarca, y tambien dinero á mis padres, que vien lo necesitan. Mucho os agradeceria desempeñáreis personalmente esta misión cerca de los ancianos autores de mis dias, porque oyéndoos ha-

blar de mí les proporcionareis una viva satisfacción.

—Os prometo que sereis complacido.

Alvarado se retiró ébrio de alegría, por que veía próximo el momento de reunirse con su amada, y los preparativos de la marcha comenzaron.

No tardaron los demás capitanes en saber la misión que Cortés había confiado á Pedro de Alvarado.

Esto despertó rivalidades entre ellos, y uno exclamó:

—No tenemos vergüenza en consentir lo que pasa. Siempre ha de ser preferido Alvarado.

—Pues yo no sé qué títulos puede tener más que nosotros á esa predilección que le manifiesta nuestro caudillo.

—Debemos protestar de esas preferencias.

—Sería inútil.

—¿Por qué?

—Porque Cortés no nos escucharía.

—Pues ¡vive Dios! que yo he de probar, y si tal sucede, ha de acordarse de mí ese intrigante.

—Señores,—dijo uno;—yo creo que cuando la razón no basta, debe apelarse á la fuerza. El que más y el que menos de nosotros cuenta con soldados leales, que nos seguirán adonde vayamos.

—Sí; pero Alvarado se encuentra en el mismo caso. Sostendremos una lucha fratricida, y es posible que se aprovechasen de ella los indios, que empiezan á manifestar su descontento por haberles separado de sus mujeres.

—Tienes razón,—dijo otro,—debemos apelar á la astucia.

—¿Y qué hacer?

—A mí se me ocurre un medio de deshacernos de Alvarado sin tener que preocuparnos de las consecuencias.

—¿Cuál?

—Ya sabéis, y no trató de ofenderos al recordarle, que hasta ahora no he encontrado quien me aventaje en el manejo de la espada. Bien es verdad que desde muy pequeño me ejercitó mi padre, que fué el mejor tirador de su tiempo. Finjamos la mayor alegría por la suerte que tiene Alvarado de regresar á los pátrios lares; obsequiémosle con una espléndida cena, y en los brindis yo me comprometo á provocarle. Viéndose insultado delante de todos aceptará el reto, y lo demás corre de mi cuenta.

Después cada cual trabaje como pueda para reemplazarle en la comisión que vá á desempeñar á España. ¿Os parece aceptable mi plan?

—¡Excelente!

—¡Magnífico!

—Pues preparémoslo todo.

—Que se encargue Chicote de la cena.

—A la verdad que yo os presentaría una digna de un papa, pero hay una pequeña dificultad.

—¿Cuál?

—Que no tengo una blanca.

—¿Pues que has hecho del dinero?

—Hay días menguados. Me puse esta mañana á

jugar con uno de los arcabuceros, con tan mala estrella que en dos horas quedó mi bolsa limpia de polvo y paja.

—No hay que apurarse por eso, todavía tengo yo cien doblas para las ocasiones.

—Y yo ciento cincuenta á disposición de los amigos.

—Pues para daros una prueba de aprecio, acepto esas dos cantidades.

—Pero empléalas cuanto antes, no sea que te tiente el diablo.

—Más vale que le acompañe Cervera, porque ese es muy capaz de dejarnos *in albis*.

—Si desconfiais de mí, que se encargue otro del festín.

—Hombre, no es desconfianza, pero sabemos que eres débil.

Pero también tengo más fuerza de voluntad de lo que suponéis.

—Ea, no perdamos tiempo á prepararlo todo y esta noche damos el golpe.

—Pues yo, si he de ser franco,—dijo uno,—siento que el banquete tenga tan siniestro objeto.

—¿Por qué? Acaso te arrepientes de entrar en el complot?

—Lejos de mi tal idea. Por lo que lo siento es porque no acudirán mujeres, y en faltándome á mí esta salsa, no encuentro manjar alguno de mi agrado.

—Siempre has de ser el mismo.

Se separaron en medio de la mayor alegría, y

nadie hubiera sospechado al verlos que tramaban una intriga que tan funesta había de ser para Alvarado.

Uno de los que habían asistido á la escena anterior se encargó de invitar al amigo predilecto de Hernan Cortés.

—Agradezco la invitación,—dijo Pedro de Alvarado,—y yo también pensaba mañana obsequiar á todos mis compañeros.

—Pues á nombre de todos acepto vuestra amistososa oferta. ¿Y pensáis regresar á estas tierras después de desempeñar la misión que os lleva á España?

—Si más cálculos se realizan pienso quedarme en la Península.

—¡Dichoso vos, que volveis á la madre patria!

—Os puedo asegurar que, aunque mi alegría es grande, la empaña la idea de separarme de tan buenos amigos,—dijo con sinceridad Alvarado.

Momentos después tuvo lugar el festín.

A los postres se pronunciaron entusiastas y cariñosos brindis.

—¡Brindo,—exclamó uno,—por la prosperidad del ilustre caudillo que nos ha guiado á la victoria en tantos combates!

—Pues yo, por que se conserve la estrecha amistad que nos une.

—Yo á mi vez,—añadió otro,—por que dentro de un año estemos todos reunidos en España.

—¡Brindo,—exclamó con insolente voz al encargado de provocar á Pedro de Alvarado,—porque no

haya entre nosotros ningun intrigante, ningun adulator, que con sus malas artes obtenga del caudillo gracia alguna en perjuicio de los demás; brindo porque no vuelva á encontrarse en estas tierras, quien afectando amistad, compañerismo, procure monopolizar para él las comisiones más importantes, asalte los cargos más honoríficos!

—¿Decís eso por mí? —preguntó Alvarado, levantándose con actitud hostil.

—Cuando os creéis aludido, no tendreis sin duda muy tranquila vuestra conciencia.

—No me satisface vuestra respuesta. Contestad categóricamente, porque de lo contrario ¡vive Dios! que os he de escupir en el rostro.

—Pues ya que me provocais, sabed que yo no consiento que nadie me ultraje. Si no recogeis inmediatamente esas imprudentes palabras, os arrancaré la lengua.

—¡En guardia! —dijo Alvarado, desenvainando su espada.

Todos se levantaron de la mesa, y el combate iba á empezar entre los dos contendientes, cuando se presentó Hernan Cortés.

Habian llegado á sus oídos rumores de las envidias que se habian despertado entre sus capitanes con motivo del viaje de Alvarado, y temiendo que su amigo fuese víctima de algun atentado, quiso presentarse en el banquete.

Despues de reprender severamente á todos por su villana conducta, y de presentarles las complica-

ciones que hubiera producido su imprudencia, dirigiéndose al provocador:

—Vais á veniros conmigo para ser encerrado en un calabozo. Mucho sentimiento me causan estas escenas, y espero que no volverán á reproducirse.

Alvarado intercedió por el provocador; pero Hernan Cortés fué inflexible.

Así terminó aquel festin, que sin la intervencion del caudillo hubiera concluido de una manera trágica.

No hay para qué decir que el convite que pensaba ofrecer Alvarado á sus compañeros no tuvo lugar.

El ilustre conquistador de Méjico activó los preparativos para la marcha de su amigo.

Listo ya el buque para darse á la vela, Pedro de Alvarado se trasladó á bordo.

Le acompañaba Diego de Soto.

Cortés les entregó una carta para el emperador Carlos V.

Le daba en ella gracias por las mercedes que le habia otorgado.

Le recomendaba eficazmente á cuantos le habian ayudado á la conquista, y pedia franquicias y privilegios para las ciudades que tenia pobladas, y para Tlascala, Tezcuco y otros pueblos que le habian ayudado y servido en las luchas que habia sostenido.

Enviábale sesenta mil castellanos de oro, y preciosos regalos.

Distinguíase entre todos, por su magnificencia, una pieza de artillería.

Era una bonita culebrina de plata maciza, cuyo valor ascendía á veinticuatro mil pesos de oro.

Las minas de Mechuacan habian facilitado el precioso metal para construirla.

Primerósamente cincelado tenia un ave fénix.

Habia una inscripcion dedicando aquella obra al emperador, y debajo, en un precioso tarjeton, se leia la siguiente leyenda:

*Aquesta nació sin par;
Yo en serviros sin segundo,
Vos sin igual en el mundo.*

Enviaba tambien adornos y mantas de pluma, ropas de algodón tejido, tigres y otras fieras de las que poblaban los bosques; perlas, muestras de todos los productos de aquellas regiones, y armas de varias clases.

Les entregó asimismo mil quinientos cincuenta marcos de plata para don Martín Cortés, su padre, con objeto de que atendiese á sus necesidades, y para que le proporcionase armas, artillería, hierro, naos con muchas velas, sogas, áncoras, vestidos, plantas, lugumbres y otras cosas para mejorar el terreno conquistado.

Un momento despues el buque surcaba majestuosamente las aguas.

Hasta que se perdió de vista saludaron los que le tripulaban á sus amigos y á los muchos indios que habian acudido á presenciar aquel acto.

Capitulo XXXVIII

Donde Pedro Alvarado pone en manos del emperador
Cárlas V el rico presente de Cortés.

Alvarado hizo la travesía con toda felicidad.

Diego de Soto fué el que sostuvo la conversacion durante el camino, porque el protegido de Cortés, abismado en sus pensamientos, apenas desplegaba los lábios.

Ansiaba por momentos poner término al viaje, y le parecian siglos los dias que necesariamente habian de pasar antes de llegar á la madre pátria.

Confiaba en la constancia de su amada, pero como hombre de mundo, conocia á las mujeres y no dejaba de sospechar algunas veces si la larga ausencia que le tenia separado la habria hecho cambiar de parecer.